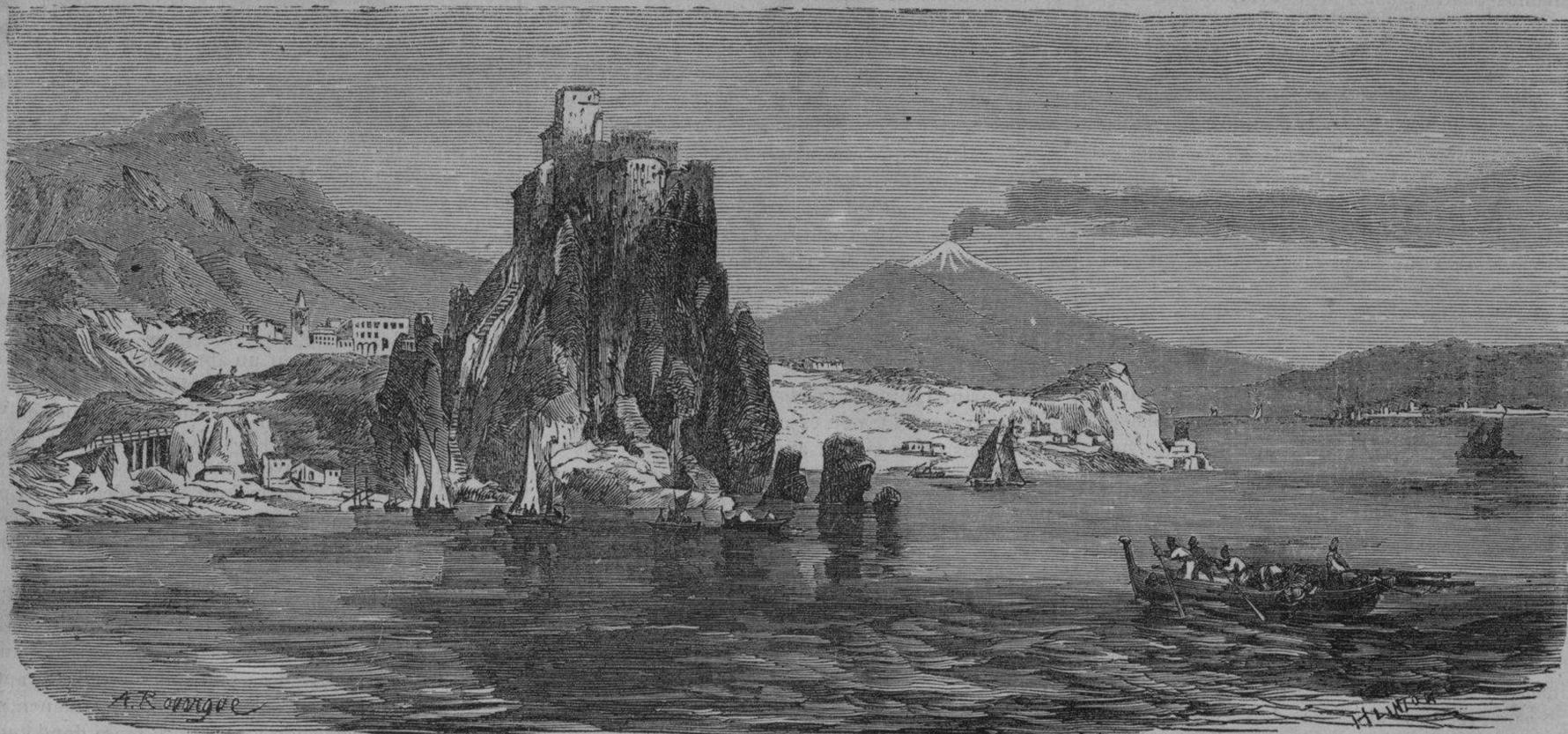


El Periódico ilustrado.



UN PAISAJE EN LAS CERCANIAS DE NÁPOLES.

Número 21.

DEL 27 DE JULIO AL 3 DE AGOSTO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º
DESPACHO CENTRAL. CUATRO CALLES.

SUMARIO.—Revista de la semana, por Palacio.—Cantares, por Delgado.—Monumento a las letras españolas, por Benedicto.—D. Pepito, por Godino.—La Fiesta española, por Santacoloma.—El beso de una madre, por Sagrera.—Historia de la Viti, por Arrea.—Zuavos y turcos, Los derviches, por Belza.—LAMINAS: Los derviches. Plaza de la Concordia. La comida del rebaño. El Emperador de Mejico, y Zuavos y turcos.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.		UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.— Seis meses 12 rs.	4 cuartos en MAERID.
Provincias. Un año 28 »	— Seis meses 14 »	
Ultramar. .	Un año 80 » — Seis meses 40 »	5 cuartos en PROVINCIAS.



LOS DERVICHES DE TUNEZ.

REVISTA DE LA SEMANA.

Asistimos cuatro noches hace á la primera representacion del *Macbeth* en el teatro Rossini. En el momento en que Banquo, huyendo por el bosque, trata de salvar la vida del hijo de Duncan, un movimiento de inquietud y terror se percibe en el público; los más asustadizos huyen, los más prudentes averiguan; todos esperan conmovidos el desenlace de aquella escena, casi tan interesante como la que ha quedado suspensa en las tablas.

Pronto la verdad se hace oír, y la calma se restablece en los ánimos. El hecho es muy sencillo. Un edificio próximo á los Campos Eliseos, es presa de las llamas, y el resplandor de estas que penetra por las ventanas de la galería, es lo que ha motivado la alarma. La ópera continúa entre los aplausos de la concurrencia, y la Sra. La Grua se muestra en ella tan consumada artista, que nunca la creacion colosal de Shakespeare ha tenido intérprete más sublime.

Confesamos nuestra flaqueza. No creíamos que esta obra, una de las más notables de Verdi, que, pese á sus apasionados detractores, tiene algunas muy notables, nos produjera en su conjunto el efecto que nos ha producido en el teatro Rossini. Sabíamos que se había ensayado muy poco; que las decoraciones no estaban pintadas cuatro días antes de la función; que no se habían probado siquiera las luces y los juegos de la maquinaria, y todo esto nos daba hasta cierto punto derecho para creer que el estreno de *Macbeth* no sería otra cosa que una representacion más, de esas á que la empresa se muestra muy aficionada, en su afán sempiterno de dar función todas las noches.

Pero esta vez nuestros cálculos han salido fallidos. La obra, sobre todo los dos primeros actos, que son, entre paréntesis, los mejores, no han experimentado tropiezo alguno, y tanto el magnífico dúo que sigue á la escena del asesinato del rey, como el aria del sonambulismo han sido cantados por la Sra. Grua y el Sr. Squarcia de tal modo, que sería imposible pedir más.

En cuanto á la parte escénica nada dejó tampoco de desear al público, si bien nosotros creemos que hubo exageracion en las luces de Bengala, lo cual perjudicó al buen efecto de la decoracion, y de los bailarines del tercer acto.

Todo esto sucedió en la noche del sábado; vengamos ahora al incidente del domingo.

Había terminado el concierto en los jardines, y una muchedumbre inmensa llenaba la gran plaza del teatro, donde se disparaban los fuegos artificiales, en los que el pirotécnico se había esta noche escedido á sí mismo; de repente un cohete cambia de dirección, y sus chispas van á caer sobre la tendida lona que sirve de cúpula al salón de conciertos; arde la lona y el espectáculo de una inmensa hoguera se mezcla al brillo de las bengalas, al estrépito de los voladores, y á la grita y aplauso de los concurrentes. Por fortuna el incendio no podía comunicarse á parte alguna y concluyó á poco por su virtud misma, apenas devoró aquella inmensidad de varas de tela, de la cual apenas si habrá quedado para un jergon.

Unan ustedes á este incidente, el ocurrido el mismo día en la Plaza de toros, donde dos caballos quedaron destrozados en una carrera romana, y se persuadirán de que para los aficionados á emociones fuertes, la semana no ha podido ser más entretenida.

En cambio de estos entretenimientos nos vemos hoy privados del más grato de oír á Tamberlik, que nos obsequió á su despedida con un *Poliutto* del que guardaremos memoria eterna, si bien nos queda la esperanza de su próxima vuelta, que será sobre el 8 del mes próximo, en el cual le oiremos la *Mutta de Portici*, y acaso el *Don Sebastian*, que no conocen todavía los madrileños.

Mientras tanto volveremos á saborear las melodías de *Fausto* y de *Norma*, alternadas con *Marta*, y con alguna que otra corrida de becerras, como la que se ha verificado últimamente, y en la cual han demostrado varios amigos nuestros su entusiasta afición por el arte de Pepe Hillo y su amor á la tierra..... que los vio nacer.

Y si por casualidad nos quedara algún rato desocupado, ahí tenemos para proporcionarnos á un mismo tiempo distracción y enseñanza *La Mitología universal*, que acaban de publicar los editores Gaspar y Roig, y que es el libro más completo que se ha escrito de su clase, ilustrado además con preciosas láminas; la no-

vela *Los Celos de una Reina*, cuyo primer tomo ha terminado ya, mereciendo por su elegancia y belleza el elogio de los inteligentes, ó las obras escogidas de Fernandez y Gonzalez, cuyas ediciones se multiplican en España y en el extranjero, para regocijo y orgullo de la literatura española.

Con esto, un paseito á la caída de la tarde por Recoletos, poblado siempre de niñas de esas que un marino clasificaría como pertenecientes al gremio de *marceantes*; alguna que otra alegre comidilla bajo las alamedas de la Fuente Castellana; nada de aprension al cólera que, según todas las apariencias, se dispone á hacernos una visita, como si ya no se le conociera por aquí en todas sus fases, y mucho buen humor y esperanza en el porvenir, bien puede uno reirse hasta de los billetes falsos de mil reales, como se rie el Banco á costa de los infelices á quienes han sido endosados.

Por fortuna, ninguno de los redactores de EL PERIÓDICO ILUSTRADO entra en el número de esos infelices, sino de los otros que ni aun falsos han logrado ver hace tiempo billetes.

¡Dios se lo pague al que tiene la culpa, y le dé lo que le haga falta, como me ha dado á mi paciencia para escribir esta revista!

M. DEL PALACIO.

CANTARES.

Los colores de tu cara
una rosa los copió,
quise besarla, y al punto
la rosa se marchitó.

Del hombre consuelo son
el amor y la esperanza,
yo no tengo ese consuelo
porque me han robado el alma.

Más grandes son que la mar,
muchas más que sus arenas,
más amargas que sus olas,
mis lágrimas y mis penas.

Solo me quedé en el mundo
cuando mis padres murieron,
después quise á una mujer
y hoy no sé ya lo que quiero.

J. J. JIMENEZ DELGADO.

MONUMENTO

A LAS LETRAS ESPAÑOLAS.

Esas obras colosales del ingenio, partos monstruosos del pensamiento, y que en la edad de oro de nuestra literatura, en esos siglos de luz para la patria, han brotado con tal abundancia, asombrando á propios y extraños, tiempo há que parecían condenadas en su mayor parte, á morir en el ignorado rincón de una biblioteca, si ya no á desaparecer para siempre del palenque de la inteligencia, para mengua del país y desdicha de la humanidad estudiosa.

Desde la sencilla *Crónica del Cid* en que el habla castellana comienza como á balbucear un lenguaje, que ha de ser un tiempo el orgullo de su pueblo, hasta el inmortal *Quijote*, espejo de la donosura y perfección del idioma castellano, enriquecen á la patria literatura infinidad de concepciones, que en los siglos XVI y XVII elevan la España á un pedestal donde nación ninguna consigue tocar.

Timoneda coleccionando los escritos de Lope de Rueda, Sancha imprimiendo las obras de los principales clásicos, Ferrer engarzando en una miniatura el inmortal poema de Cervantes, y otros varios entusiastas editores, no hacían, en diferentes épocas y con varia fortuna, más que iniciar en perfiles la obra magna de un monumento digno á las letras españolas.

Libros raros que formaban una gloria nacional, hallábase pronto á desaparecer para siempre; obras gigantescas nacidas para asombrar, estaban concretadas á no salir de ciertas y determinadas personas, que como joyas inapreciables, las custodiaban en el fondo de un archivo; coleccionar todo esto, derramar, digámoslo así, un soplo de nueva vida, sobre esa inagotable riqueza del ingenio, era la obra más meritoria á

los ojos de cuantos sintieron latir en su pecho un corazón español, y abrigasen un pensamiento entusiasta hácia nuestras tradiciones literarias.

Voluntad firme y amor patrio necesitaba el nuevo colector que intentase realizar tan gigantesca idea.

Al siglo XIX tocaba la reparación, y la obra había de efectuarse.

D. Manuel Rivadeneyra, ilustrado editor, con un entusiasmo digno de elogio, ha sido, no quien ha puesto la primer piedra en este edificio literario, sino quien por completo ha levantado el monumento para honra suya y contentamiento de las letras.

La interesante *Biblioteca de Autores Españoles*, publicada con tan feliz resultado por el referido Sr. Rivadeneyra, viene á ser hoy como la reparación del inescapable olvido en que yacían las más preclaras glorias de la patria de Cervantes y Quintana.

Rica coleccion que en un abrazo enlaza siglos enteros de luz, que eslabona los primitivos esfuerzos de la musa de Berceo con las dulcísimas cadencias de Melendez; los sencillos relatos de Ciudad Real con los elegantes rasgos de Jovellanos.

La *Biblioteca de Autores Españoles*, coleccionada por eminencias literarias, dignas de los escritos que exhuman, es la publicación más importante de nuestro siglo en España.

Las obras de Cervantes coleccionadas por el malogrado Aribau, sirven de portada á esta obra colosal; un solo tomo encierra los escritos del ilustre Manco de Lepanto; tres preciosos tomos de novelistas anteriores y posteriores al autor del *Quijote*, contienen por completo una coleccion variada y estensa donde pueden estudiarse desde los cuentos de Timoneda, al festivo Guzman de Alfarache, y con ellos toda esa serie de composiciones picarescas, amorosas ó caballerescas, que brotaron de las plumas esclarecidas de nuestros clásicos; los libros de Caballerías, gráfica literatura que no puede olvidarse, tiene su representante en el célebre *Amadis de Gaula* y otras obras del mismo género; la original *Conquista de Ultramar*, antiquísimo monumento de nuestra *fabla*, brilla también allí, junto á una rara coleccion bibliográfica de escritos inéditos ó desconocidos.

Los poetas líricos del siglo XVI enlazan con los del XVII, y Garcilaso comienza un libro que fina en Arriaza e Iglesias; allí los poemas épicos se miran reunidos como para asombrar con sus bellezas deslumbrantes, *La Araucana* junto á *La Mosquera*; *El Bernardo* con *La Historia de la Pintura*; *El Romancero español* formado por la mano maestra de Duran, desliza como pintoresco panorama los históricos romances del Cid y Mudarra y las vulgares coplas del pueblo, significando así la historia entera de esa literatura ideal y gráfica del hogar y de la familia; Fr. Luis de Leon y Juan de la Cruz conservan sus elocuentes fantasías; allí despliegan sus genios una santa, un sabio y un filósofo, Teresa de Jesús, Jovellanos y Quevedo, estas tres eminencias encerradas en ocho inapreciables tomos; tres tomos ocupa el insigne Luis de Granada; allí se encuentran los eruditos discursos de Feijoo, y las claras locuciones de Isla, rayos de sol que parten de un claustro para disipar las nieblas de la ignorancia; en un solo tomo se contiene el epistolario de Ciudad Real, del celebradísimo médico de Juan II, con las cartas de Antonio Perez, e desdichado valido del segundo de los Felipes; los historiadores de indias completan dos tomos, y dos tomos llenan también las historias particulares de Marmol Moncada y otros varios cronistas de sucesos importantes, ya sean *Las guerras de Flandes* ó *El alzamiento de los moriscos*; *La expedición de catalanes y aragoneses*; *Grecia*, ó *El levantamiento de los Comuneros*; *Las empresas políticas* y *La corona gótica y austriaca* de Fajardo las obras del P. Juan de Mariana, con inclusion de su notable *Historia de España*; las del laureado Quintana y las de los dos Moratines forman cinco tomos, que son un rico tesoro para el estudioso; en cuanto al teatro, esta parte importante de nuestra literatura, se bella en diez y seis tomos tan dignamente representada que puede afirmarse es el verdadero holocausto hábilmente ofrecido á las galanas musas de Lope y Calderon. Lope de Vega y Calderon de la Barca esponen en ocho tomos una completa coleccion de sus obras más notables y raras al propio tiempo; cuatro tomos encierran las composiciones de los contemporáneos posteriores al Fénix de los ingenios, verdadero alhacón de bellezas é imperfecciones, de sombra y de luz que ofusca y trae á la vez, laberinto que comienza con las sencillas fábulas dramáticas de Tárrega y termina con las comedias del sublime loco Juan Perez de Mo-

talvan; Tirso de Molina y Moreto, Alarcon y Rojas, cuatro brillantes astros de la escena española, en otros tantos volúmenes guardan sus sublimes joyas, todas inmortales, bien se intitulen *La Villana de Vallecas*, ó *El desden con el desden*, *La verdad sospechosa*, ó *García del Castañar*. Y todos estos libros, obras independientes todas, pero unidas entre sí por el lazo invisible del genio, se hallan coleccionadas, comentadas y en orden dispuestas por literatos distinguidos, que fuera prolijo enumerar aquí en su totalidad; los nombres de Hartsenbusch y Aribau; de Guerra y Orbe y Mesonero Romanos; de Duran y Navarrete, bastan por sí solos á dar una clara idea de la excelencia de los demas y de la perfeccion y sano juicio del trabajo.

Ahora bien; sesenta tomos publicados no marcan aun el final de la *Biblioteca*; lejos de amenguar aumentase el esfuerzo y entusiasmo del ilustre editor, y España dentro de poco, á semejanza de Alemania, podrá presentar una muestra verdadera del rico tesoro que guarda en su seno, debido al genio inmortal de sus filósofos, historiadores y poetas.

Llor al Sr. Rivadeneyra, que con un desinterés hidalgo, con una fuerza de voluntad á toda prueba y venciendo las dificultades del camino, continúa levantando ese obelisco de la literatura; quien tales pruebas da de entusiasmo y patriotismo, bien merece la consideracion del público y el apoyo de los gobernantes.

J. T. BENEDICTO.

D. PEPITO.

En el tiempo á que me refiero, se reunia en el café Suizo, á última hora, una sociedad muy rara y muy alegre.

Los socios habituales eran: Eduardo Inza, Enrique Ramos, Ramon Correa, el conde de Maule, Federico Hope, Manuel del Palacio, y yo. Todos teniamos pocos años, poco dinero, alguna esperanza, y sobre todo un deseo natural de olvidar, charlando, las pequeñas miserias de la vida.

Era un pequeño *cenáculo* donde rara vez se cenaba, pero en cambio se *rajaba* de lo lindo. Aquello era un tiroteo de frases, una tempestad de chistes, una avalancha de suposiciones; todo esto nadando en un Océano de murmuracion. Afortunadamente al salir de allí, pasaba la calentura, se oscurecia la linterna mágica, y todo se olvidaba.

D. Pepito, despues de tomar café en el Suizo, iba con algun amigo al teatro, prefiriendo el del Circo, no se por qué causa; allí se acurrucaba bajo una butaca, oia más bien que veia la representacion, y acabado el espectáculo, se presentaba en nuestra reunion de los primeros. Generalmente le precedia el conde de Maule, que era otro de los predilectos de D. Pepito, y á una indicacion de aquel, pues sin esto nunca se hubiera atrevido, el perro saltaba al divan, al lado del conde; este, si el tiempo estaba frio, le tapaba con una capota que por entonces usaba, y D. Pepito asomando solamente la cabeza, y siempre con los ojos abiertos, saludaba con una mirada indescriptible á los que iban llegando, y asistia á la reunion, rumiando con la mayor pulcritud algun terron de azúcar, que le echaba alguno que por casualidad se permitia la voluptuosidad de tomar café.

Una noche era ya muy tarde, el café se iba á cerrar, y D. Pepito no habia parecido. Esto produjo estraña inquietud en la reunion. Alguno supuso que conspiraba, otro achacó aquella inusitada ausencia al amor; los más solícitos le buscaron en vano por todo el café, y estoy seguro de que todos, al retirarse á su casa, pensaron en la desaparicion de D. Pepito.

A la noche siguiente la primer frase de todos los que iban llegando, era: *¿han visto Vds. á D. Pepito?* A cada respuesta negativa se aumentaba la general inquietud, que llegó á su colmo cuando vimos presentarse á Farrugia diciendo: *¿está aquí D. Pepito?*

D. Pepito no habia parecido en todo el dia ni en la fonda, ni en el café, ni en la calle de Alcalá.

Al dia siguiente lo mismo.

Era indudable que al perro le habia sucedido alguna cosa extraordinaria. Se pensó en la morcilla municipal; pero esta idea fué rechazada por unanimidad, atendiendo á la inteligencia, y refinamiento de gustos culinarios de D. Pepito. Admitióse como más razonable la suposicion de Manuel del Palacio, que indicó la posibilidad de que alguna duquesa se hubiese enamorado de D. Pepito, y le retuviera cautivo en su estrado

y en su coche, y se acordó que cualesquiera de los socios, que por su trage no estuvieran retraidos de la Fuente Castellana, observase el interior de los trenes, para ver si veian al perro desaparecido.

Transcurrieron ocho ó diez dias, durante los cuales continuó la ausencia de D. Pepito.

Una noche se presentó Ramos con aire satisfecho, sacó del bolsillo una carta que habia recibido de Alicante, reclamó nuestra atencion, y leyó el siguiente párrafo:

«Este puerto está muy animado, y los baños muy concurridos. He visto aquí á la señora A... al general B... á las preciosas chicas X... y he tenido el gusto de saludar á D. Pepito, que ha venido con F... á tomar baños.»

Una exclamacion de alegría ahogó la voz del lector, y Manuel del Palacio imitó el ladrido de un perro, no el de D. Pepito, que no ladró nunca.

D. Pepito habia salido á veranear: el problema tuvo la solucion más natural del mundo.

En los primeros dias del mes de setiembre apareció D. Pepito, tan pulcro, tan comedido, tan reservado como de costumbre.

Porque una de las cosas raras de este perro, es que en la larga temporada á que me refiero, en ninguna ocasion ni en ningun sitio se lo oyó gruñir, ni ladrar, ni estornudar siquiera; así es que algunos suponian que era *mudo*, hasta que un ligero incidente vino á desvanecer esta creencia.

Una noche, hallándonos todos reunidos á última hora en el café, presentóse en él un hombre de aspecto indefinible, y que sin duda, á consecuencia de algunas libaciones, hallábase, al parecer, algo *escitado*. Sentóse junto á un velador cerca de nuestra mesa, despues de darnos las buenas noches con una voz de bajo profundo, y tocó las palmas llamando á los mozos para que le sirvieran.

Los mozos, temiendo su permanencia en el el café, se hicieron los sordos.

El hombre se puso en pié, y entonces nosotros acabamos de examinar su traje, que era de una pasmosa sencillez. No llevaba nada en la cabeza, ni en el cuerpo más que una camisa hecha girones, un pantalon roto tambien por todas partes y sin bolsillos, medio le tapaba las piernas que concluian en unas que habian sido alpargatas. Fijese el lector en este estraño atavío para comprender lo siguiente.

Aquel especie de Rennepont, se puso, como he dicho, en pié, y redoblando sus palmadas, exclamó dirigiéndose á un mozo que se acercaba: ¡Quiero una copa de rom, porque puedo, entiende Vd., porque tengo mucho dinero!

¿Dónde? Preguntó Inza, con un acento imposible de espresar.

Al oir esta pregunta, que era un chiste inimitable, todos soltamos la carcajada; porque efectivamente, abiertas las manos como las tenia aquel hombre para llamar, no se concebía en dónde pudiese guardar el dinero.

Pero lo más grande, inusitado, sorprendente y admirable de todo, fué que D. Pepito al oir la interrogacion de Inza, se incorporó en la banqueta en que estaba echado, y por primera y única vez lanzó una especie de grito equivalente á una carcajada, que produjo en todos indefinible sorpresa.....

D. Pepito dormia cada noche en casa de uno de sus numerosos amigos; algunos han achacado á ingratitud esta particularidad; yo creo sencillamente que era discrecion y deseo de no hacerse molesto. A la salida del café se iba con cualquiera de nosotros, y una vez en la casa, se acomodaba en una silla, en un divan, en una alfombra ó sobre un ruedo, segun el fuste del anfitrión, y allí permanecia sin chistar, sin roncar, sin rascarse, hasta las diez de la mañana; hora en que don Pepito, sin despertar á su amigo, si aun dormia, se hacia abrir la puerta por alguno de la familia, y salia á la calle.

Un dia me hizo el honor de hospedarse en mi casa, y desde entonces, y ya hace años, no he podido volver de mi sorpresa, ni explicarme razonablemente lo que me sucedió con D. Pepito. *Por aquel entonces*, tenia yo mi nido en el mas alto piso de la mas alta casa de la Red de San Luis. Mi habitacion se componia de una sala, una alcoba y una cocina, huérfana de enseres. Vivía solo, no comia en casa, y una vecina cuidaba del aseo de mi vivienda. D. Pepito, que tal vez ignoraba este género de vida, me acompañó una noche á mi casa. Puse una manta sobre un modesto sofá, colocóse en ella el perro, y yo me metí en la cama, quedándo-

me dormido cuando la aurora abria con sus rosados dedos los balcones del horizonte.

Al despertarme á las dos de la tarde, llamé á D. Pepito, que no acudió á mi voz.

Volví á llamarle; el mismo silencio. Me levanté, pasé á la sala, miré al sofá; D. Pepito no estaba allí. Miré por toda la casa, lo cual no me costó mucho tiempo; la misma soledad.

Examiné la puerta de la escalera, que estaba cerrada con el cerrojo, como yo la habia dejado.

Registré debajo de las sillas, hasta en la carbonera, en donde solo hallé algunas espantadizas correderas.

Entonces me sentí abrumado bajo el peso de lo desconocido.

Don Pepito no está; ¿por dónde ha salido?

Hé aquí la esfinge.

Hubo un momento en que supuse si yo seria sonámbulo, y le habia abierto en sueños.

Pasó tambien por mi imaginacion la idea de que se le habian comido las cucarachas.

¡Imposible!

Entonces recordé que la ventana de la sala habia quedado abierta; esta ventana daba á un patio muy estrecho.

Miré al patio temiendo que D. Pepito se hubiese arrojado, víctima de la libertad y de la discrecion.

En el patio no habia nada.

Pregunté á una vecina si habia visto ú oido hablar de un perro; la vecina no sabia nada.

Entonces volví á meditar, hasta que un pensamiento súbito me hizo asomarme otra vez á la ventana.

Frente de esta, en la pared de enfrente, habia un gran boqueron, que daba luz á la escalera, y D. Pepito no podia haber salido por otra parte, sin volar.

Verdad es que volar era atravesar toda la distancia del patio. Posteriormente me he explicado en parte este milagro, leyendo en los *Miserables* la fuga de Thenardier de la carcel, referente á la que Vigtor Hugo dice:

«No siempre es posible explicarse las maravillas de una evasion. El que se escapa está inspirado; hay algo de las estrellas y del relámpago en el misterioso fulgor de la fuga: el esfuerzo hacía la libertad no es menos sorprendente que el vuelo hacía lo sublime; se dice de uno que se escapa: ¿Cómo ha llegado hasta aqui? Lo mismo que se dice de Corneille: ¿Quién le ha inspirado tal escena?»

A la noche siguiente, cuando vi á D. Pepito en el café, hubiera dado toda mi fortuna

Que afortunadamente era ninguna,

porque aquel perro me contase su maravillosa salida de mi casa.

Si quisiera continuar hablando de D. Pepito, podia llenar volúmenes, pero el miedo de continuar fastidiando á mis lectores, y la avalancha de tristes memorias que va cayendo sobre mí, me hace soltar la pluma.

Dos meses despues de estos sucesos, al comienzo de la guerra de Africa, D. Pepito volvió á desaparecer, esta vez quizá para siempre. Como de Claudio Fontanelas, se ignora el paradero del inteligente animal; pero respecto á este último, no hay miedo de que nadie usurpe su nombre.

No habia ó no hay mas que un D. Pepito en el mundo. Con su ausencia se disolvió aquella grata reunion del café Suizo; las aristas se han esparcido, y cuando se encuentran es como de pasada. Ramos, mas feliz que todos, ha muerto; Correa busca noticias casi en coche; el conde de Maule está muy ocupado en acostumbrarse á ser pobre; Manuel del Palacio anda sorteando las sirtes de la fiscalia de imprenta; Inza se ha metamorfoseado en máquina de redaccion; Federico Hope ha tenido el fin trágico de Febo de Chateaupers, y yo ando cojeando por el camino de la vida, sin mas que la primera de las tres potencias del alma.

FLORENCIO MORENO GODINO.

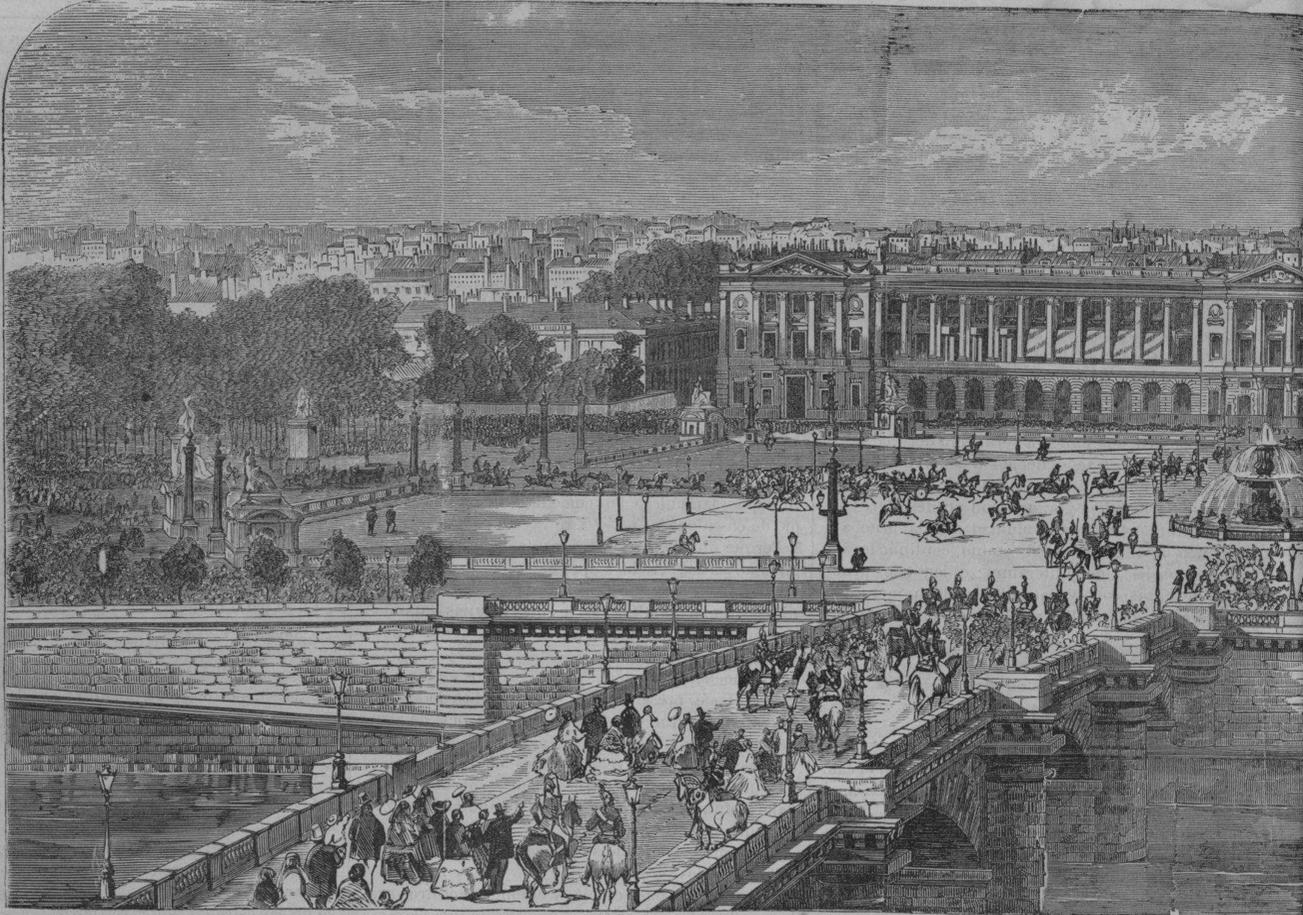
LA FIESTA ESPAÑOLA.

PROYECTO

DE SOCIEDAD TAUROMÁQUICA MATRITENSE.

Bajo este epigrafe, segun tenemos entendido, se vá á establecer una sociedad en la coronada villa, por no ser menos, que la que existe en casi todas las provincias de España.

Todo lo que lleve un objeto dado, cual es su organi-



Campos Eliseos.



Puente de la Concordia.



Carruaje del Emperador.



Obelisco de

La iglesia de la Magdalena.

El ministerio de Marina.

El jardin de las Tullerías.

PLAZA DE LA CONCORDIA, EN PARÍS.

PLAZA DE LA CONCORDIA, EN PARÍS.

Una de las más bellas plazas y más hermosas del mundo, es seguramente la de la Concordia en París, y el extranjero que visite la corte de Francia, lo primero que debe hacer, es trasladarse á la citada plaza, con el objeto de admirar el obelisco, treinta veces secular que forma su centro; las columnas, los caballos escultados, los candelabros, las estatuas y las fuentes con sus elevados saltadores, que forman su espléndido ornato.

No es fácil ver reunidos en un solo punto tantos monumentos dignos de fijar la atención. El ministerio de Marina y el Cuerpo legislativo; la iglesia de la Magdalena y el palacio de las Tullerías; el Sena, costeanado con sus aguas tranquilas la inmensa avenida de los Campos Eliseos; y finalmente, el grandioso arco de la Estrella. Todo esto forma un conjunto admirable. Bajo el reinado de Luis XV, fué cuando esta plaza empezó á adquirir su celebridad, porque en esta época se concibió el proyecto de elevar una estatua ecuestre á aquel monarca, para cuya realizacion él mismo designó un vasto terreno inculdo y abandonado entre las Tullerías y los Campos Eliseos, y que desde entonces se llamó plaza de Luis XV.

La estatua ecuestre, obra de Bouchardon, fué colocada sobre un pedestal, y adornada en sus cuatro ángulos por figuras alegóricas representando la Fuerza, la Prudencia, la Justicia, y el Amor á la paz. Esta estatua fué inaugurada el 20 de junio de 1773.

La Asamblea legislativa la hizo demoler en 1792, reemplazándola con la de la Libertad.

Luis XVI fué decapitado en esta plaza, y desde entonces se la llamó plaza de la Revolución.

En 1799 fué reemplazada la antigua estatua por otra colosal, representando igualmente la Libertad, obra del escultor Dumond, y la plaza de la Revolución, á partir de este momento, se denominó plaza de la Concordia.

En 3 de mayo de 1826, bajo la Restauracion, se colocó la primera piedra de un monumento espiatorio, que se pensó elevar á la memoria de Luis XVI, y esta plaza, destinada á variar de nombre á cada momento, fué bautizada nuevamente con el título de plaza de Luis XVI.

Llegado á París en 1836 el obelisco que hoy campea definitivamente en la plaza, fué colocado en ella y volvió á llamarse plaza de la Concordia. Mr. Hittorf, encargado de levantar el pedestal de aquel grandioso monumento egipcio, construyó igualmente las fuentes y las columnas rostrales que sirven de base á los candelabros.

Los grupos de Coustou, ya célebres bajo el nombre de *Los caballos de Marly*, habian sido colocados anteriormente á la entrada de los Campos Eliseos por un decreto de la Convencion. Mr. Hittorf colocó igualmente sobre ocho pabellones, construidos primitivamente alrededor de la citada plaza, ocho estatuas colosales, representando las ocho principales ciudades de Francia, como son: Lyon, Marsella, Burdeos, Nantes, Rouen, Brest, Lille y Strasbourg.

Las fuentes son una reproduccion exacta de los castillos de aguas, que adornan el obelisco de San Pedro en Roma.

El obelisco se hallaba aun en pié en medio



LA COMEDIA DEL REBAÑO.

de las ruinas de Tebas, cuando fué regalado á la Francia por el vice-rey Mehemet-Ali. Mr. Lebas, ingeniero de la marina francesa, fué el encargado de ir á buscarlo á Egipto. Embarcado sobre el Nilo el 19 de diciembre de 1831, el obelisco llegó á París el 22 de diciembre de 1833, y fué colocado en la plaza de la Concordia el 25 de octubre de 1836 en presencia del rey Luis Felipe y de la familia real.

Este monumento, que es contemporáneo de Sesostris, cuenta de edad la respetable suma de tres mil cuatrocientos años.

Colocado el curioso observador en la puerta del ministerio de Marina, ve extenderse por su izquierda la magnífica calle de Rivoli, recta y regular como ninguna en Europa; de una estension extraordinaria, adornada en su acera izquierda con sus mil arcos de piedra formando soportales; con sus magníficos edificios, entre los que se cuenta el ministerio de Hacienda é ininidad de hoteles, siendo el de mayor importancia el del *Louvre*, donde el viajero encuentra todo cuanto pudiera necesitar para la comodidad y goces de la vida.

En la acera izquierda de esta calle, y partiendo de la plaza de la Concordia, se encuentran en primer lugar las verjas de los jardines de las Tullerías, el palacio de este nombre, la plaza del Carroussel, el palacio del Louvre, la Grève, el hotel de Ville y prolongándose, en fin, próximamente un cuarto de legua más, presenta una magnífica vista. Es indudablemente una de las calles más rectas y más bellas de todas las que existen en las principales capitales de Europa.

Pero volviendo á la plaza de la Concordia, hallaremos además en ella, formando frente

con el ministerio de Marina y despues de atravesar el puente, el palacio del Cuerpo legislativo, con sus preciosas columnas dóricas, sus esculturas y estatuas, y su grandiosa escalinata que conduce al vestibulo de entrada.

A la derecha del citado palacio se extiende el *Quay d'Orsay*, magnífico y prolongado muelle donde se encuentra el palacio de la Legion de Honor, el Tribunal de Cuentas y la embajada española, todos ellos en la acera derecha, donde tiene su principio el aristocrático barrio de Saint-Germain, residencia de la nobleza antigua, y que es uno de los más tranquilos y sosegados de París. En este mismo muelle y en su ala izquierda, se extiende el rio con sus aguas murmuradoras, con sus veinte puentes, que facilitan el paso de un lado al otro de la ciudad; con sus flotantes casas de baños y sus barcos de todas clases, prolongándose en esta forma hasta el canal de San Martín, y el bullicioso barrio latino, residencia habitual de los estudiantes y de la gente de buen humor.

Frente al obelisco, como ya hemos dicho anteriormente, se halla el paseo de los Campos Eliseos, deliciosa estension de terreno de mas de tres cuartos de legua, cubierto de frondosas alamedas y risueños jardines, poblado de cafés cantantes, juegos, fuentes, jardines, teatros de Marionetas, billares americanos, columpios, etc. etc., formando un conjunto magnífico y sorprendente, que viene á terminar en el grandioso arco de la Estrella, gigantesca mole de piedra donde da principio la *Avenida de la Emperatriz*, que conduce al bosque de Boulogne.

Tal es, pues, la famosa plaza de la Concordia, en París.—B.

zacion completa, y mayormente cuando es un espectáculo tradicional, lo aplaudimos y lo recomendamos á nuestros lectores.

Hé aquí esplanadas algunas consideraciones acerca del mencionado espectáculo, que nos han sido remitidas.

No basta la guerra declarada en recientes dias al festejo esencialmente español de la lidia de reses bravas, ni la afición á tales espectáculos ha decrecido en nuestro país, ni disminuye el círculo de afectos al auge y al porvenir de esta lid característica, y que si prueba el valor y bizarría de nuestros mayores, justifica hoy sus títulos á la categoría de verdadero arte.

No basta, sin embargo, que aumenten los circos, que nuestros lidiadores obtengan lauros y fortuna, ni que reemplacen á las antiguas castas, ganaderías afinadas y costosas. El sosten más firme de esta afición, es la inteligencia en sus lances y el conocimiento de las varias suertes, que constituyen la función española por excelencia; y este apoyo prestado á la lidia depende siempre de sociedades que representan el brio generoso y el gusto por tal fiesta de nuestros predecesores; estimulando á la juventud á ejercicios de agilidad, fuerza y destreza, llamando á concurrir á la hermosura, al prestigio y lustre del espectáculo, y reuniendo en grata asociación á cuantos no sacrifican las diversiones patrias á la predilección por las importaciones extranjeras.

Hasta ahora han existido ventajosamente, y en las primeras capitales de España, *Sociedades taurinas*, donde la afición ha tomado una serie de condiciones capaces de resistir á la hostilidad y á la prevención de muchos novadores de nuestras costumbres; pero ya por el excesivo costo del circo público, ya porque dividía á los aficionados la circunstancia de crearse en grupos una reunion que debia formar círculo estenso, lo cierto es que falta organización robusta á una sociedad que recoja en sí el fruto de todos los esfuerzos individuales.

Por fortuna, entre las grandes divisiones del útil pensamiento que ha realizado la empresa de los Campos Eliseos, se cuenta una plaza de toros bastante amplia y bien acondicionada; y este local ménos costoso que la plaza pública, y arrendado por cuenta de *La fiesta española*, cuyo proyecto desenvuelven estas cortas líneas, podría servir de base al desarrollo de una reunion de aficionados, que tan pronto como cuente con suficiente número de socios, deberá elegir presidencia, organizándose como convenga mejor á sus intereses y propósitos.

Permitásenos por un momento discurrir acerca del propósito de la *Fiesta taurina*.

En este espectáculo admira y discurre el filósofo la excelencia del hombre, que desde la desnudez é ignorancia primitivas, ha sabido alzarse con el influjo del mundo y sacrificar á su antojo y diversion las bestias más poderosas. El naturalista observa las alteraciones que el cuidado y el estado de domesticidad han producido en el caballo y el toro, y cuando los desvía de su primitivo modo de ser y de obrar. El político conoce con cuán poco se contenta y distrae al público laborioso, y aprecia dentro de sí el efecto que el espectáculo hace en el carácter de la multitud. El matemático vislumbra la posibilidad de reducir el toreo ó demostraciones, porque considera en el toro un cuerpo que se mueve con dirección y velocidad conocidas, y en el torero todos los medios para variar la primera y acelerar ó retardar la segunda. El economista vé en el consumo de toros y caballos uno de los elementos que más influyen en el fomento de la cria del ganado vacuno y caballar. El viajero admira un espectáculo tan grandioso, tan magnífico; aquella mezcla de trages y colores, y aquel murmullo y vocerío y continuo movimiento lo entretiene y embelesan; y cuando suena el timbal, sale el toro con aspecto amenazador, y ve á los toreros burlarlo risueños de mil maneras, llega al colmo su admiración, y prorrumpe en aplausos y aclamaciones.

Todas las clases, todos los sexos, todas las edades y condiciones de la vida concurren á él, se enagenan y se olvidan de sus penas. Inútiles serían nuestros esfuerzos para hacer concebir lo grande, lo bello de tales fiestas al que no las hubiese presenciado.

No terminaremos este ligero trabajo, sin hacer otra pequeña objeción, no menos interesante que las anteriores.

Se pasan años sin que una sola gota de sangre humana manche la arena de los circos, y se pasarían siglos si estuviese esta diversion bajo el pié que debe

ponerse y que tanto aclama la prensa periodística, y con especialidad el infatigable cronista de *El Reino*, que há cinco años se ocupa en escribir las revistas detalladas del espectáculo. Véase el punto de contacto que tiene una diversion con otra. Apenas sale al monte una batida, hay un contuso, un herido, ó acaso un muerto. El hijo del famoso D. Pelayo, remontándose á la historia, que fué estremadamente aficionado á esta diversion, sabemos que murió á manos de un oso en los montes de Cangas, y pudiéramos citar infinitos de quienes están sembradas las crónicas antiguas y modernas de los pueblos.

Hé aquí la idea que sometemos á varios aficionados, á los que participen de nuestros propios sentimientos y gusten coadyuvar á nuestros designios, aspirando á formar un núcleo de afectos al espectáculo propiamente español, que impulse poderosamente un festejo, combatido á nombre de la civilización, como si en él también no se reflejaran sus efectos en numerosos adelantos.

En la Administración de este periódico se hallan prospectos y un libro para anotar el nombre del suscriptor y casa habitación, para poder comunicarle su presentación el dia que hayan de reunirse en junta general para acordar las bases y formación de la sociedad.

SANTACOLOMA.

EL BESO DE UNA MADRE.

Niño, tu madre te besa
Y tú, tranquilo durmiendo,
Con la sonrisa respondes
De tu inocencia reflejo.
Es que un rayo de la gloria
Ha descendido á tu seno;
Es que acaricia tu frente
Las puras auras del cielo.
Tu madre al ver tu sonrisa
Vuelve á regalarte un beso
Y una lágrima en sus ojos,
Mensajera del contento,
Es la dádiva amorosa
Que ofrece por tí al Eterno.
Tú entretanto con los ángeles
Vagas en plácidos sueños,
Lejos del mortal bullicio
Y á la desventura ajeno.
Que los besos de una madre
Son celestiales misterios
Que el alma del niño elevan
Á un mundo de flores lleno,
Dando á la madre el aroma
De su inefable consuelo.
Niño, tu madre te besa,
Y al besarte, con su aliento,
Te da el alma entre sus labios
Con suspiros de su pecho.
Ella tu espíritu observa,
Y goza con tus ensueños;
Respira cuando respiras
Por no turbar el silencio.
Dí, niño, si tú sonries
De tu madre al dulce beso,
¿Qué dirás con tu sonrisa
Á su amante sentimiento?
Será un mundo de ilusiones,
De venturosos deseos,
De halagüeñas esperanzas
Y de alegres pensamientos.
Será la gloria en la tierra,
Serán misteriosos ecos,
Flores de inmortal fragancia,
Auroras de amor eterno.....
Sí; que un rayo de la gloria
Ha descendido á tu seno,

Y en la frente de tu madre
Refleja la luz del cielo.

E. LLOFRIU Y SAGRERA.

Madrid, Junio de 1865.

HISTORIA DE LA VID.

I.

El invierno puede ya venir á estender sobre la tierra su sombra de tristeza; el hombre ha guardado en su copa una gota del calor del sol ausente. Un fuego invisible pasará de boca en boca en el festín, uniendo todos los corazones con una cadena eléctrica. La vid amante, que vive siempre enlazada al tronco, que da en común su fruta en racimos, como el trigo en espigas, y que para exhalar su alma al viento necesita reunir todos sus perfumes, multiplicó en el hombre todo el poder de la simpatía. Provocó la amistad; despertó el amor; vertió en la sangre del hombre, antes adormida, una irradiación perpétua de primavera; y el hombre, exaltado en su fibra, conoció un ideal más en su compañera.

El vino preparó la poesía. La lira es hija de la viña como del laurel. Y cada dia el convidado dejaba caer, al ruido de un himno, su cabeza llena de sueño sobre un hombro querido, y comprendió la ternura desconocida del deseo. Ahora comprendo por qué los bárbaros del Norte marchaban hácia las regiones en que la vid expansiva estiende de árbol á árbol sus guinaldas.

Iban á buscar al Mediodía, guiados por un instinto sublime, la gota sagrada que conduce á la civilización. ¡Vé de pueblo en pueblo, copa sagrada, que llevas en tu seno un alma más para la humanidad! Inclina, por todas partes por donde pases, el pensamiento de las razas á la afección. ¿Quién sabe? Quizás un dia, después de treinta siglos, los hijos de tus primeros convidados, santamente inclinados sobre el santuario, ante Dios, te levantarán en sus manos para beber á la fraternidad.

Así canta el ilustre escritor francés, Eugenio Pelletan, en su *Profesion de fé del siglo XIX*, el misterioso destino de esa planta bendita, cuyo origen se remonta á los primeros dias de la tierra, y cuya historia, llena de preciosos datos, nos recuerda también los primeros pasos del hombre en la senda de la civilización, y el progreso sucesivo de la humanidad.

No vaya á juzgarse por nuestras palabras que rendimos un culto apasionado á esos desdichados cuadros que tan diestramente supo trazar el pincel de Velazquez; lejos de nosotros semejante idea, y no permita Dios que ningun lector interprete en ese sentido nuestro pensamiento.

Fieles narradores de la historia, nuestra tarea se reduce simplemente á ofrecer algunas de sus páginas á la consideración del público, para demostrar que en todos tiempos y países han tenido los hombres un especial cuidado en hallar bebidas más gratas que el agua, y no solo más propias para fortalecer el cuerpo cansado de trabajar, sino también más capaces de poner el alma en una situación en que, por decirlo así, se hallase enajenada y fuera de sí misma.

Hé aquí algunos curiosos datos, en apoyo de esta verdad, con los que se prueba de una manera concluyente, que hasta los pueblos más bárbaros y groseros han discurrido medios de proporcionarse bebidas fuertes y embriagadoras á la vez.

Virgilio, hablando de un licor estraido del fruto del peral silvestre, que usaban algunos pueblos del Norte, pinta á estas gentes alegres y contentas por efecto de esta bebida. El afán del hombre por buscar otra bebida diferente del agua, hizo que muchas naciones, en su principio, bebiesen la sangre de los animales que mataban, costumbre bárbara que aun se conserva, no solo entre los salvajes, sino también en algunos pueblos civilizados, pues se asegura que los cazadores de los Alpes hacen lo mismo, al matar algun corzo ú otro animal, cuya sangre beben inmediatamente. Tan extraño y repugnante uso, si bien recuerda esas épocas de primitiva barbarie, tiene, sin embargo, un fundamento razonable, que se apoya en una necesidad natural, á ser cierto lo que afirman algunos, sobre los efectos de animación y vida que produce la sangre bebida aun caliente. Los hombres, sin embargo, si llegaron al exceso de gustar de la sangre de los animales, y del género humano, fué sin duda alguna, por

carecer de bebida artificial, pues en los pueblos donde ésta se conoció, no se usó nunca tan bárbara costumbre. A medida que las sociedades han ido penetrando en el camino de la civilización, los hombres han cobrado también mayor horror á beber sangre, como consecuencia de haber hallado licores artificiales, que produjeron, con la fermentación, los efectos animadores que buscaban.

No debemos pasar en silencio, entre las muchas bebidas que ha descubierto el ingenio del hombre, aquellas que pueden reputarse como las primitivas, y que se obtuvieron de los frutos que espontáneamente ofrecía la pródiga naturaleza. Entre estas merece especial mención la que se cree que fuera la primitiva, y que se obtuvo de la miel silvestre, que ha sido conocida en todos tiempos. Teniendo en cuenta la relación que ha existido siempre entre los alimentos del hombre y la materia de sus sacrificios, y, según el testimonio de Platon, que dice, que antiguamente no se ofrecía á la divinidad más que frutas bañadas con miel, Plutarco asegura que se hacía esto por no conocerse todavía las viñas, ni usar los hombres otra bebida que *miel mezclada con agua*, añadiendo que en su tiempo muchas naciones bárbaras que desconocían el vino, usaban esta bebida, cuya insipidez corregían con algunos racimos agrios y vinosos. En la actualidad se sirven de la miel para hacer sus bebidas todas aquellas naciones, en donde carecen de viñas ó la aridez del suelo no ha permitido generalizar su cultivo, y así sucede que entre los moscovitas, polacos, lituanos y abisinios, su bebida favorita se compone de agua y miel, que hacen hervir un poco y fermentar al sol, adquiriendo de esta manera un sabor agradable y mucha fuerza.

De otros pueblos salvajes se refiere el uso de bebidas que, si bien estrañas, demuestran lo que ya digimos anteriormente, la necesidad que han sentido los hombres de adquirir licores artificiales.

Los tártaros sacan de la leche de burra, después de acedada, una bebida casi tan fuerte como el aguardiente.

Los moxos, nación la más brutal y grosera de América, han hallado el secreto de hacer una bebida muy fuerte, sirviéndose de ciertas raíces podridas que echan en infusión en agua; otros, en fin, después de haber tostado hasta carbonizar el maíz, le desmenuzan muy bien y le hacen hervir en grandes calderas llenas de agua, bebiendo después, como un gran regalo, que causa sus mayores delicias, esta agua negra y desabrida.

Pero de las bebidas más generalizadas entre los salvajes de América, ninguna es comparable por su repugnancia con la que llaman *chica*, cuya composición es la siguiente.

Echan en una artesa llena de agua una cantidad determinada de maíz puesta en infusión, y así lo conservan hasta que se impregna bien y comienza á agriar: en este momento algunas mujeres viejas machacan ciertas yerbas y granos de maíz, que amasan después con su esputo en unas calabazas, y cuando creen tener ya bastante cantidad, ponen sobre la artesa esta mezcla de saliva y maíz, que sirve de levadura y causa inmediatamente al licor una tenue fermentación. El gusto de esta bebida dicen que es parecido al de la cerveza; embriaga mucho, y por lo mismo los salvajes la buscan con avidez.

Demostrado ya que la inclinación del hombre, en todos los tiempos y países, se ha dirigido constantemente á procurarse bebidas artificiales diferentes del agua, tiempo es de que nos ocupemos de la vid, objeto principal de estas líneas, cuya historia, según hemos dicho ya, arranca de nuestros primeros padres, y sigue paso á paso la marcha progresiva de las generaciones, hasta terminar en esta época afortunada de nuestra civilización moderna.

II.

La antigüedad del vino se remonta á los primeros tiempos de la vida humana. La sagrada Biblia nos dice que Noé, luego que salió del arca, cultivó la tierra y plantó la viña; más, habiendo bebido el jugo de sus racimos, quedó embriagado y dormido en su misma tienda. Esto dió ocasión á la burla de su desnaturalizado hijo; pero Cham, bendito por Dios, recibió en su descendencia el terrible castigo de que se había merecido por su execrable conducta. Es probable que fuese Noé el primer conocedor de la vid, lo que es más verosímil, que procurara su cultivo, y transmitir á sus descendientes

apreciable de cuanto había conocido antes del diluvio; y de creer es que las vides figuraban en primer término, por cuanto le vemos inclinarse con preferencia á los trabajos agrícolas, y muy principalmente al cultivo de tan preciosa planta.

El que Noé quedase ébrio al beber dicho licor tampoco prueba lo contrario, pues en todo el tiempo que había permanecido dentro del arca, por más que no le fuera estraño, debemos suponer que para nada se sirvió de él; y, aunque esto no fuese así, tal podía ser la disposición especial en que se encontraba, que no fuera bastante á resistir aquella accidental impresión el uso frecuente y moderado de esta bebida. Resulta, pues, sin temor de exagerar nuestras aseveraciones, y aun con bastantes probabilidades de certeza, que las vides se conocieron en la primera edad de la tierra, y eran ya, en tiempo de Noé, uno de los objetos más importantes para los que se dedicaban á las faenas de la agricultura.

Todos los pueblos de la tierra testifican su remota antigüedad. Sus cultos ó principales partes de adoración consistían principalmente en la ofrenda de *pan y vino*, como para significar al Autor de la naturaleza, que le eran deudores de la *vida* y del *alimento* que los sustentaba. Tales sacrificios se llamaban *incruentos*, y si no bastaban estas libaciones, adicionábanlas con el derramamiento de *sangre*, acompañando á su efusión un puñado de *harina*, ó una tortita ó *mola* de cebada, de donde tuvo origen la palabra *inmolar*. Estos sacrificios se denominaban *cruentos*. Afortunadamente la luz del Evangelio, disipando las tinieblas de la idolatría, borró del libro del Reconocimiento tan bárbaros medios de mostrar la gratitud al Omnipotente y benéfico Señor. En el pueblo cristiano solo se conservan los primeros, ofreciendo en el santo sacrificio de la misa *pan ácimo y vino*, según lo que en otro tiempo verificara Melquisedec. Esta nueva prueba justifica plenamente la verdadera importancia del objeto á que nos referimos; pero, remontándonos por un momento al origen de las fiestas del vino, famosísimas bacanales, hallaremos mayores causas todavía de la estimación y sumo aprecio en que tuvieron los hombres el cultivo de la vid.

D. FERNANDEZ ARREA.

(Se continuará.)

ZUAVOS Y TURCOS.

La lámina que hoy aparece en la última página de nuestro semanario representa una carga á la bayoneta, dada por los zuavos y los turcos en las llanuras de Méjico.

Los zuavos, aguerridos soldados al servicio de la Francia, que todo el mundo conoce aun sin haberlos visto, forman un cuerpo de ejército, cuyos individuos, de fisonomía tostada, de trages pintorescos, acostumbraban á lanzarse sobre el enemigo con una impetuosidad irresistible. Acostumbrados á los combates en Africa, han trastornado completamente las rancias ideas que sobre la guerra tenían nuestros antecesores, asombrando y batiendo sucesivamente, con éxito glorioso, á los rusos, á los austriacos y á los mejicanos.

El nombre que llevan se deriva ó tiene su origen en una tribu, que suministraba en otro tiempo su contingente de hombres á todas las potencias berberiscas.

Diseminados en el Africa septentrional, se dividen en cuatro pueblos distintos: los *Amozzyghs*, establecidos en las montañas de Marruecos; los *Tonaregs*, en el gran desierto; los *Tibbons*, en el desierto que separa la Ferran del Egipto, y las *Kabilas* en la Argelia y en la regencia de Túnez.

En el centro de la Kabila se halla el *Zouaona*, tierra montuosa y estéril, y cuya población, desdeñando la agricultura, se dedica casi exclusivamente á la fabricación de armas. De este punto es de donde parten todos los años gran número de jóvenes audaces y aventureros en busca de peligros que desafiar, enemigos que combatir y gloria que adquirir.

El general Cauzel encontró en la Argelia los últimos restos de estos valerosos guerreros que habían militado hasta entonces al servicio del Dey, y organizó con ellos un nuevo cuerpo de ejército, creando dos batallones de infantería, fuertes de unos setecientos hombres cada uno.

Tal fue el origen de los zuavos. Más tarde, dos oficiales de ingenieros, el capitán Duvivier y el teniente de Lamoriciere, abandonaron su

arma especial para consagrarse completamente á la organización de un cuerpo que hoy es respetable, y que debutó en sus primeras campañas, con asombro de propios y de estraños, en las gargantas de Mozaia, en Medeah, Tremecen y Constantina.

La fama que en mil gloriosas campañas han adquirido es tan legítima como honrosa.

No concluiremos este artículo sin consignar aquí un hecho, ó mejor una apreciación de un ilustre general francés, unido con una bella compatriota nuestra, y que vino á Madrid, hace muy pocos años, con el único objeto de visitar la corte de España.

Naturalmente, fué obsequiado como merecía su elevada posición, y entre otros festejos que se le ofrecieron, hubo una gran parada ó revista en el Prado, donde formaron y evolucionaron todas las tropas de la guarnición. Tan satisfecho quedó de nuestros soldados el ilustre general, tal el entusiasmo que le causaron nuestros cazadores, que no encontraba frases bastante lisonjeras con que significar lo que su corazón sentía.

Más tarde, y en un Consejo de generales presidido por el emperador, y al tratarse de romper la Francia las hostilidades con una poderosa nación, cada uno de aquellos ilustres guerreros emitió su opinión franca y leal. Llególe su vez al general de que nos ocupamos, y con una seguridad que no admitía réplica, dijo respetuosamente al emperador: «Señor, en la cuestión de mar soy incompetente, y debo callarme; pero respecto á la de tierra, si se rompiesen las hostilidades, me comprometo, con solo un regimiento de zuavos y dos de cazadores españoles, á batir á todo el ejército enemigo.» Frases lisonjeras, que probaban la elevada opinión que aquel ilustre general tenía de nuestros soldados.—B.

LOS DERVICHES.

El Derviche es una de las fisonomías más curiosas del mundo Oriental, y los tipos más originales de la pintura y del dibujo palidecen ante las singularidades caprichosas de su trage, de su manera de vivir y de la especialidad de su carácter. Son una especie de monges musulmanes é indios que viven en comunidad y en ciertos monasterios, bajo la administración ó dirección de un superior, y su número es de treinta ó cuarenta, en cada uno de ellos.

Su pobreza, su suciedad y su cinismo son extraordinarios, y su odio á los cristianos raya en el fanatismo.

Treinta y dos órdenes de Derviches existen en el imperio otomano y sus superiores son *Cheikes*, nombrados por el *mutfi* de Constantinopla.

Se dejan crecer toda la barba y el bigote y llevan siempre colgados al cuello ó la cintura rosarios de treinta y tres á noventa y nueve cuentas. Disfrutan en sus conventos de comida y hospedaje y los que son casados disponen además de una habitación particular.

Esta especie de *monges* musulmanes siguen á los ejércitos en campaña, interpretan los sueños, cuidan de los enfermos y no conservan nunca, como de su propiedad personal, más que su zurrón, su bastón y su manta, que hace el oficio de capa.

En las sangrientas escenas que el año pasado tuvieron lugar en el imperio Tunecino y en las cuales el fanatismo religioso jugó un principal papel, representaron el más importante de todos, los *Derviches*.

Puede decirse que son los *bohemos* de la religión musulmana, muy respetados y venerados del pueblo, que escucha sus palabras y las creen siempre como artículo de fé. Nuestro grabado de hoy ofrece al lector algunas muestras de estos célebres personajes, tomadas del natural en el mismo Tunez.

Estos graves personajes, hablan á los creyentes con dulzura y compunción, reservándose las maldiciones, los denuestos más injuriosos y más enérgicos para los *perros cristianos*, como ellos nos llaman.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIÈRE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.

FERNANDO
MAXIMILIANO,
emperador de Méjico.

El emperador de Méjico, Fernando Maximiliano, á quien hoy deben cinco millones de párias indios el título de ciudadanos, y que ha sido llamado providencialmente para continuar la grande obra de pacificación y regeneración de un dilatado imperio, es un soberano de humanitarios sentimientos, de talento claro y de bellissimo corazón.

Desde su más tierna edad germinaba ya en su alma ese espíritu de observación y activa solicitud por las clases populares, condiciones que han hecho de él uno de los hombres de Estado más notables de nuestro siglo, y uno de los príncipes más interesados en la dicha y prosperidad de los pueblos.

La independencia de su carácter, su afición á los viajes, su gusto especial por las útiles y fecundas aventuras le hicieron abrazar con entusiasmo la carrera marítima; en su consecuencia recibió desde su infancia, con los elementos de una esmerada educación clásica, una instrucción enteramente especial.

Desde la edad de diez y seis años empezó sus viajes, recorriendo sucesivamente la Grecia, la Italia, la España, el Portugal, la isla de la Madera, Marruecos y la Argelia, atravesando todas las provincias africanas, y estudiando el sistema de colonización francés.

En 1854 exploraba á bordo de la corbeta *Minerva*, el litoral de la Albania y de la Dalmacia, cuando fué llamado á Viena para encargarle del mando supe-

rior de la marina: tenía entonces veinte y dos años; al siguiente lo encontramos en el Adriático, á bordo del navío almirante *Schwarzenberg*, seguido de una escuadra de diez y siete velas, visitando el Archipiélago y las costas de Siria. Recorrió por aquella época la Palestina, Tierra Santa, el Líbano y Jerusalén; de allí pasó á Egipto, visitando el Cairo, Menfis y las Pirámides; atravesó el mar Rojo y tuvo la satisfacción de examinar con gran interés, los trabajos preliminares para la perforación del istmo de Suez.

En 1856 las circunstancias políticas le permitieron hacer un viaje á París donde permaneció quince días. Regresó á su patria por Bélgica, Holanda, la Alemania meridional y las orillas del Rin.

En 1857 visitó la Lombardía, la Italia central, la Inglaterra, y volvió á Bélgica, donde un mes más tarde contrajo matrimonio con la princesa María Carlota, hija del rey Leopoldo y de la reina Luisa de Orleans.

Tal era la importancia que el célebre conde de Cavour daba á su talento, que en cierta ocasión decía: *El archiduque Maximiliano es el solo adversario á quien yo temo, porque representa el único principio que puede desbaratar nuestra idea italiana.*

El archiduque Fernando Maximiliano solo cuenta treinta y cuatro años. El retrato que ofrecemos á nuestros suscritores puede servir para explicar mejor que nosotros pudiéramos hacerlo, la impresión grata y profunda que este joven príncipe ejerce sobre todos aquellos que se le aproximan.—B.



FERNANDO MAXIMILIANO, EMPERADOR DE MÉJICO.



CARGA DE ZUAVOS Y TURCOS.